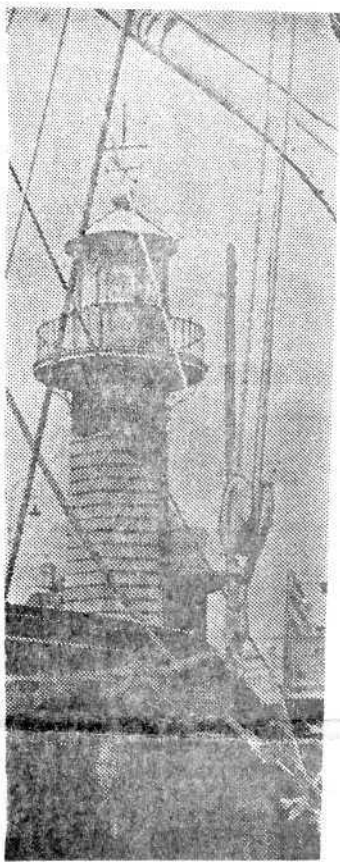


PEQUEÑA CRÓNICA DE SANTA CRUZ

Por Juan Antonio

Padrón Albornoz

La luz marine- ra del puerto



"En el codillo del muelle hay una luz fija elevada 11'5 metros sobre el nivel del mar, y que alcanza en circunstancias favorables 9 millas. La torre en que se halla es de forma exagonal, de color aplomado claro, y está elevada sobre el terreno 6'3 metros. El aparato es catadióptrico de cuarto orden.

Además, existe en el extremo terminado del muelle, indicando la prolongación de su escollera, otra luz fija roja colocada sobre un carro movable. Su alcance es de 4 a 5 millas".

Estas eran las luces que caracterizaban al puerto de Santa Cruz de Tenerife, según un viejo "Derrotero de las costas occidentales de Africa", redactado, a comienzos del actual siglo, por la Sección de General de Navegación y Pesca Marítima.

En el próximo mes de junio se cumplirán los primeros dieciséis años de la ceguera de la vieja farola que, desde 31 de diciembre de 1863, marcó la situación del puerto de Santa Cruz, el de la Isla toda.

La vimos siempre como si fuera un símbolo, triunfo de la vida sobre las aguas en que la muerte acecha entre las olas siempre traicioneras y asesinas.

La vieja farola tenía un relámpago fuerte y rápido, uno de esos latigazos de luz que rompía las más duras sombras de la noche.

Cuando el Santa Cruz marineró se arrebujaba en su manto de estrellas, cuando ya empezaba a tener resonancia, profunda resonancia, en la comba de los cielos el bramido de las sirenas de los "steamers" fondeados a la gira, la luz de la farola, aislada en el pórtico del viejo puerto, comenzaba su destellar humilde y, por paradoja, lleno de orgullo.

Una vieja guía de Santa Cruz—la de Poggi y Barsotto—nos la describe tal y como hoy se encuentra, al menos en su aspecto exterior: "Distra de la escollera cincuenta metros y como este punto varía en proporción que se adelanta la obra, hoy en construcción, aquélla es señalada por una luz roja fija. La balaustrada de la torre es bronce claro y la linterna blanca de plata.

Sobre esta torre se eleva un torreón cilíndrico que recibe la linterna, cuya forma es octogonal".

Y añade el cronista, "para evitar pueda ser destruida por la electricidad que exhala en las tormentas, si bien poco frecuente en esta zona, muy posibles, se ha colocado en esta torre un pararrayo".

Durante noventa y un años, la vieja farola dio la limosna de sus luces a los barcos con necesidad de ella. Y por eso que, con profunda emoción, justa y verdadera emoción, don Francisco Martínez Viera escribió con motivo de aquellos sus últimos destellos, sus últimas señales sobre la mar de Santa Cruz: "Su desaparición deja algo así como un escozor en las almas sensibles, prontas a la emoción. Es algo que vimos siempre, en el largo correr de nuestra existencia. Algo que nos era familiar... La echaremos de menos, la echarán de menos los asiduos paseantes del muelle y las gentes vinculadas a las faenas del puerto".

En aquel ya lejano mes de junio de 1954 terminó para las gentes de la mar santacrucera la alegría sencilla, confortante, de poder ver, cada noche, una luz litoral y parrandeante, siempre limpia y diáfana, siempre esperanzadora y alerta.

Era la luz de la vieja, hoy ciega farola.

Más hacia el Norte, en la proa de piedra de la Isla toda, parpadea el faro de Anaga. De él dice el viejo Derrotero: "En la Punta del Roque Bermejo, a 1'7 millas al N. 30 grados W. de la Punta Anaga, hay un farol de primer orden, aparato catadióptrico, cuya luz es fija, con destellos cada tres minutos.

Su elevación sobre el nivel del mar es de 247 metros e ilumina un arco de horizonte, comprendido entre los roques de Anaga y la Punta del Drago, que se halla situada entre Punta Anaga y la del Roque Bermejo, pudiendo avistarse en buenas circunstancias a treinta y cinco millas.

La torre es ligeramente cónica, de color gris, y elevada sobre el terreno doce metros. La linterna es poligonal y pintada de blanco".

Pero la que en Santa Cruz lanzaba sus avisos recortados sobre la mar, ya terminó sus días.

De momento nos ha quedado la torre humilde que, como siempre, es hito en la pequeña y, por paradoja, grande historia del puerto de la ciudad, de la Isla toda.

Esperamos conservar la en el recinto portuario de hoy—de mañana y de siempre—con esa su misma humildad de luz que representó la armonía de un todo único, la precisión tremenda que tienen los guarismos.

La vieja torre de la farola, de la farola de la copia, es símbolo, luz votiva que protegía la vida en los tiempos yaidos para siempre.

Hoy, rodeada de un puerto igual y diferente al que en sus primeros días vio, el faro—mejor, la farola—continúa con su esbelta humilde estampa, la de siempre, al igual que la hizo

Pero la que en Santa Cruz lanzaba sus avisos recordados sobre la mar, ya terminó sus días.

De momento nos ha quedado la torre humilde que, como siempre, es hito en la pequeña y, por paradoja, grande historia del puerto de la ciudad, de la Isia toda.

Esperamos conservarla en el recinto portuario de hoy—de mañana y de siempre—con esa su misma humildad de luz que representó la armonía de un todo único, la precisión—recomenda que tienen los guarismos.

La vieja torre de la farola, de la farola de la copia, es símbolo, luz votiva que protegía la vida en los tiempos ya idos para siempre.

Hoy, rodeada de un puerto igual y diferente al que en sus primeros días vio, el faro—mejor, la farola—continúa con su esbelta, humilde estampa, la de siempre, al igual que lo hizo cuando su luz taladraba las aguas, rasgaba y rompía las espesas tinieblas de la noche.

El Derrotero, bajo el epígrafe de “Instrucciones para tomar la rada de Santa Cruz”, especificaba que, “para entrar de noche se gobernará en demanda de la luz del Roque Negro, y en cuanto se avisten las luces del muelle podrá hacerse rumbo a ellas, con lo cual se tomará el fondeadero sin dificultad. Los buques que proceden del S. gobernarán al NE. hasta que vean la luz de Punta Anaga, y verificado, seguirán las instrucciones anteriores”. Y eran éstas las de que, después de reconocer la ciudad, sería preciso conservarla por babor y seguir hasta colocarse en la enfilación del codillo del muelle, un poco abierto con el campanario de la iglesia de la Concepción, “o parroquial”, añade el Derrotero.

La luz blanca del puerto, esa hoy ciega, era entonces la señal para tomar el puerto durante la noche y su torre, aunque pequeña, también servía para situarse durante el día.

Y en esa su calidad de símbolo que fue—que aún es y será—desearíamos tenerla a perpetuidad, ciega y en esa su triste alegría, como adorno del puerto de hoy, del puerto de siempre.

ALQUILO VIVIENDA AMPLIA

Noveno piso Trianón, dando al mar

INFORMES: SAN JOSE, 2.